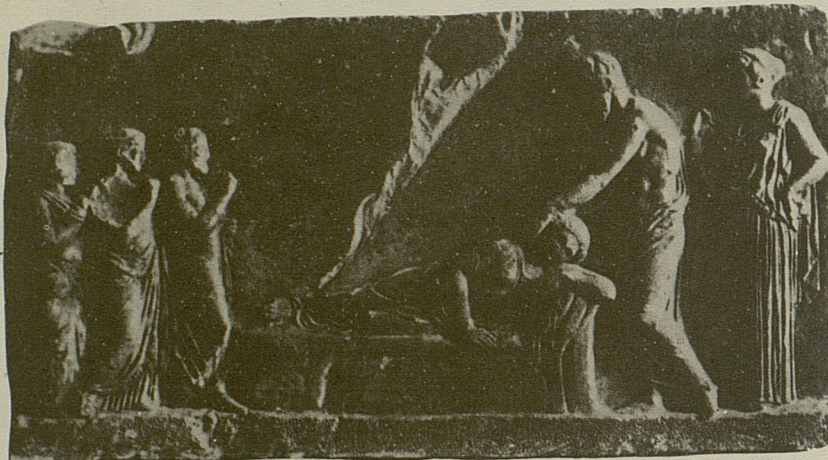


LA PRIMERA EDAD DE LA RAZON



Asclepios y su hija Higiea en el momento de socorrer a un enfermo. Siglo IV a. J. C.



Exvoto dedicado a Esculapio. Siglo IV a. J.C.

Fue Hesiodo quien por primera vez (700 a.J.C.) habló del nacimiento milagroso de Asclepios. Ese futuro dios de la medicina, Esculapio para los romanos, nació —según Hesiodo— de un encuentro carnal entre Apolo y la mortal Coronis. Cuando Coronis iba a ser entregada a otro hombre en matrimonio, la hermana de Apolo, Artemis, quién sabe por qué oscuras motivaciones, mató a la desventurada madre, aún en período de gestación. Apolo, compadeciéndose del niño, lo sacó del vientre de la madre y lo entregó al centauro Quirón, quien enseñó al futuro dios los secretos de las plantas medicinales.

LOS TEMPLOS DE ASCLEPIOS

Con estos orígenes, que se pierden en los límites del tiempo y de la imaginación,

pronto Asclepius conquistaría justa fama de "hombre que sabía curar". Y de médico pasó a semidiós y de semidiós a dios, en términos absolutos. Para ello no tuvo que aguardar la llegada del Imperio Romano. Ya en el siglo VI a. J. C. se le veneraba en Grecia como un mortal nada común.

Por ello, a su culto se levantaron santuarios. Parece que el más antiguo fue el Trikka, en Tracia, región en la que se localizaron los más viejos escritos sobre el dios, considerado entonces, con todo, aún como un mortal. Paulatinamente, fueron abriéndose otros templos para su culto en Epidaurio, Atenas, Pireo, Cos, Pergamo, etc. Fue en el 291 a. J. C., a causa de una epidemia, que el culto a Asclepius alcanzó Roma. Desde donde se extendió rápidamente a todo el Imperio.

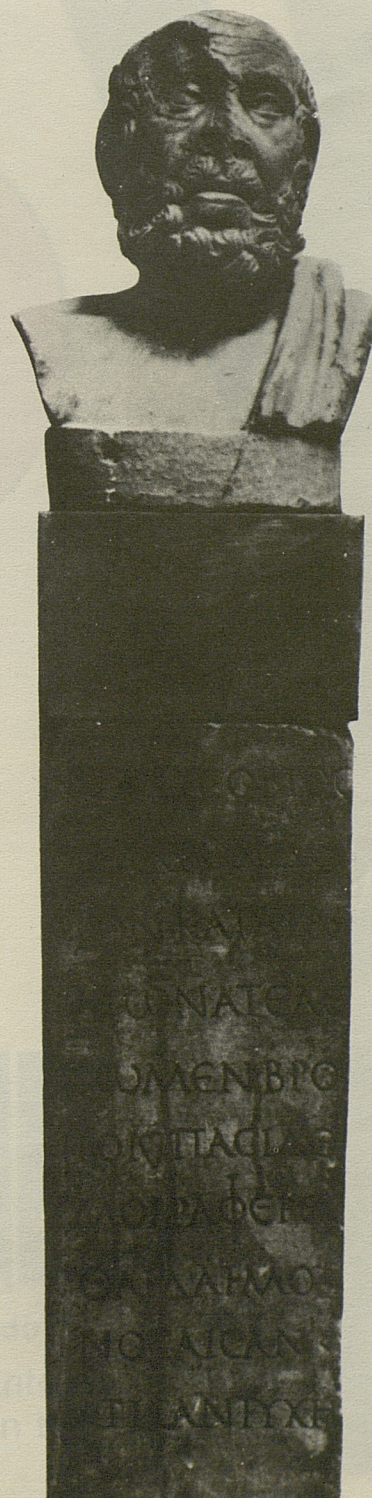
En cada ciudad se levantaba un "asclepeión" —así se denominaban los

templos al dios dedicados— presidido por su esfinge. A estos templos acudían muchos enfermos para la cura ritual, conocida con el nombre de "incubación o sueño del templo". Al llegar el paciente debía hacer un sacrificio u ofrenda a los dioses y luego purificarse por medio del baño. A continuación, se echaba a dormir en el *abatón*, un largo peristilo abierto al aire por ambos lados. Durante la noche, Esculapio se aparecía en los sueños del paciente y le daba un consejo o quizá le practicaba una operación. Al día siguiente, el paciente estaba ya curado. De este tipo de prácticas y del tipo de imaginación que en la sociedad ateniense generaba, se conservan algunos interesantes exvotos, como el que se guarda en el Museo del Pireo (siglo V o IV a. J.C.), en el que podemos contemplar a Asclepios asistido por su hija Higiea en el momento de curar a un enfermo reposando sobre un diván (Fig. 1). Frente al dios aparecen tres personajes, dos de ellos posiblemente parientes del enfermo, y el tercero quizá esclavo por su reducida estatura (signo de inferioridad social), todos ellos con la mano levantada, como cegados por el resplandor de la sabiduría del médico-dios. En otro exvoto puede contemplarse a Asclepios acompañado de su familia (Fig. 2) en el momento de recibir unos presentes. Rodean al dios —apoyado sobre un bastón— su hija, a veces esposa, Higiea y sus dos hijos hechos célebres por la *Ilíada*, Machaón, dios de la cirugía, y Podalir, dios de las enfermedades mentales.

Existen numerosas representaciones de Asclepios, tanto de los griegos como de los romanos (su hagiografía proseguirá durante la Edad Media). Ninguna de estas representaciones (Figs. 3 y 4) es fiable por su grado de analogía. Por el contrario, partiendo de cuáles eran los criterios del retrato griego (máxima idealización a partir de los rasgos simbólicos) y del enorme retraso de las representaciones romanas (hacia muchos años ya que Esculapio había dejado de existir), todo hace suponer que entre las representaciones del médico-dios y su verdadera realidad no existía relación alguna.

EL PUNTO DE VISTA HOMERICO

Por un lado, pues, vemos que subyace en toda la medicina griega un filón mágico-religioso que la emparenta directamente con la medicina anterior y su lugar en la sociedad. Sin duda, podrá decirse que los méto-



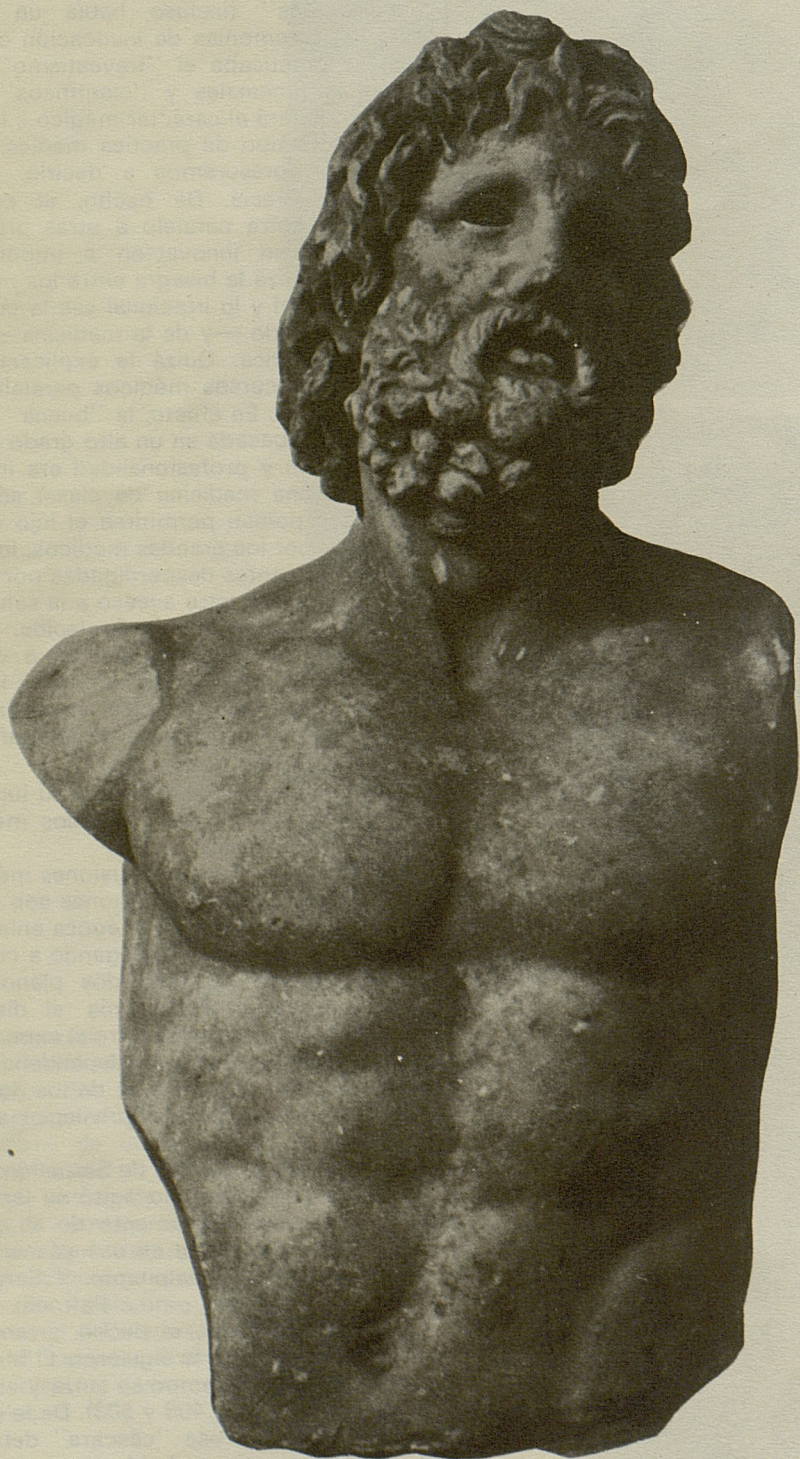
Busto (probable) de Hipócrates. Hallado en una necrópolis de Ostia.

dos de sugestión y catarsis utilizados en los "asclepeions" (incluso había un teatro para las ceremonias de invocación colectivas, se practicaba el "travestismo", etc.) son más racionales y "científicos". Pero esto no quitará el carácter mágico e irracional de este tipo de práctica médica; práctica que, apresurémonos a decirlo, no es única en Grecia. De hecho, el culto a Asclepios corre paralelo a otras prácticas que conllevan innovación e importantes cambios. Quizá la bisagra entre los mundos de lo racional y lo irracional sea la concepción del mundo —y de la medicina— de la época homérica. Quizá la explicación de esos dos discursos médicos paralelos sea de tipo social. En efecto, la "buena" medicina griega, basada en un alto grado de especialización y profesionalidad era inevitablemente una medicina de clase: sólo los más ricos podían permitirse el lujo de ser atendidos por los grandes médicos; los más pobres, las gentes desperdigadas por la península no tenían otro acceso a la salud que sus invocaciones al dios Asclepios. Y aún había otro factor determinante: a ciertos enfermos catalogados de incurables les era negada la asistencia médica, no dejándoles otra salida que la presencia en los baños de los "asclepeions".

Pero vayamos a Homero y a su lugar intermedio entre los dos discursos médicos de la antigua Grecia.

La *Ilíada* está llena de alusiones médicas. Por lo general, las descripciones son realistas, claras y precisas. Si la época enlaza los dioses con los hombres, llegando a confundir la jerarquía de esos dos planos, del mismo modo la *Ilíada* sitúa el discurso médico a medio camino entre el experimentalismo pragmático y la dependencia del corsé mitológico. Con todo, de los dos elementos, Homero parece privilegiar el segundo.

Así describe la muerte de Sarpedón: "Entonces el noble Patroclo agitó su lanza; el golpe no escapó vanamente de su mano, pues hirió a Sarpedón en esa cáscara que encierra el corazón palpitante. Y Sarpedón cayó como un gran pino... Patroclo, colocándole el pie sobre el pecho, arrancó su lanza, y las entrañas la siguieron. El Menoíta arrancó al mismo tiempo su lanza y el alma de Sarpedón" (XVI, 408 y 503). De la precisión anatómica —esa "cáscara" debe ser el pericardio, muy probablemente, o quizá el diafragma— Homero puede pasar a la detallada descripción de los modos curativos. Como en la escena de la herida de Euripos.



Torso de Esculapio
(o al menos eso se piensa).
Siglo IV a. J.C.

“(Euripos) Volvió del combate cojeando, el muslo atravesado por una flecha. El sudor caía de su cabeza y hombros, y una sangre negra salía de su profunda herida, pero su corazón todavía era firme” (XI, 810). El herido encuentra a Patroclo y le suplica: “Sálvame arrastrándome hasta la tienda. Arranca la flecha de mi muslo, lava con agua caliente la sangre que mana, y pon en la herida esa dulce y excelente pomada que tú tienes de Aquiles” (XI, 828). Patroclo, sin poder acudir a ningún médico (uno está combatiendo, el otro herido), desconociendo el paradero de Aquiles (que como Asclepios recibió enseñanzas de Quirón, el Centauro), decide actuar por su cuenta: “Se estiró sobre un lecho de piel de buey y con la ayuda de un cuchillo retiró del muslo la punta aguda del dardo; lavó la sangre negra con agua tibia y, con sus manos, exprimió en la herida el jugo de una raíz amarga que endulzaba y calmaba. Y todos los dolores del héroe desaparecieron, la herida se cerró y la sangre dejó de manar” (XI, 844). Lo curioso de este pasaje —al margen su precisa y detallada descripción— es que posee un equivalente casi idéntico en la pintura: el “Vaso de Sosias” (Fig. 5), en la que el herido Euripos es sustituido por el curador Patroclo y éste a su vez, por Aquiles, el hijo de Palas. La pintura despierta nuestro interés por su expresividad (la atención de Aquiles, el dolor de Patroclo) y su precisión (el vendaje de Aquiles, el pulgar de Patroclo colaborando...).

Pero el camino de Homero, de los dioses hacia los hombres, es uno; y el camino de la medicina griega, otro: sus avances van más allá de la puntual descripción homérica.

FUEGO, AGUA, TIERRA Y AIRE

El mundo griego —pertenece al tópico más solidificado repetirlo— es la eclosión de una nueva cultura, de la que durante siglos vivirá, y como quien dice aún sigue viviendo, Occidente. En la organización jurídica, social y política, en la ciencia, la literatura y el arte, en las formas de vida más cotidianas y en los detalles más genuinos, toda una concepción del mundo se construye, se levanta, culmina. Es una civilización que imprimirá carácter. Y Grecia (que es al mismo tiempo un rompimiento y una sabia absorción de otras anteriores culturas) se autoconstituye así en primer eslabón de tantas cadenas de palabras y cosas. En el campo de la ciencia médica, no puede naturalmente ser menos.

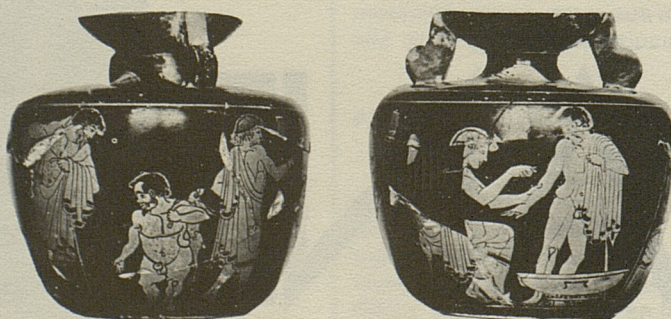
Desde luego, el tono pragmático de Homero marca la pauta de la evolución de la medicina en Grecia. Pero ese tono pragmático y experimental no puede hacernos olvidar que con la cultura griega se dan los primeros esbozos serios de una especulación teórica alrededor de la medicina. Los filósofos, de Empedocles a Aristóteles, pasando por Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Thales, Anaxágoras o Platón, tratan directa o indirectamente de problemas de medicina: la salud, o la enfermedad, el cuerpo y el espíritu, y sobre todo la base última y primera del organismo, del cosmos. Naturalistas antropocéntricos, los pensadores griegos buscarán afanosamente la materia prima, que después de largos caminos será más o menos oficialmente cuatripartida en fuego, agua, tierra y aire, como quiso Empedocles. Digamos —cosa curiosa— que de esta inicial intuición —formulada posteriormente por los discípulos de Hipócrates y sobre todo por Galeno— nacerá durante la Edad Media la famosa y duradera patología de los cuatro humores.

Entre el pragmatismo y la teoría, pues, Grecia será el caldo de cultivo apropiado para el surgimiento de grandes médicos y grandes escuelas. Es en la cultura clásica que, precisamente, la figura del "médico" se individualiza por primera vez, alcanzando dimensiones notables. Como en el caso de Hipócrates. Estas primeras diferenciaciones no son únicas sino que corresponden a un determinado "clima" ideológico y social. En efecto, la nueva sociedad griega, basada en el desarrollo de la vida urbana, en la intensificación de las relaciones comerciales y en la consiguiente imposición de la idea de "competencia", dio lugar a un nuevo tipo de concepción del mundo basado en el "individualismo." Esto no sólo ocurre en la medicina, sino que también sucede en el terreno del Arte. De Grecia nos llega la primera manifestación positiva de la condición de "autor": Antinoo firma (700 a. J. C.) su vaso.

A Hipócrates podríamos añadir la Escuela de Cnide con el famoso Diocles de Corintio, la Escuela de Alejandría con Hemófilo y Erasistato, en fin, en la tradición de Hipócrates y la medicina griega, podríamos colocar, como su natural prolongación los nombres de Galeno y Celse. Todo ello, sólo servirá para reforzar la idea del lugar importante que ocupa la medicina en Grecia, su florecimiento, sus progresos. Esto, además, podemos verlo reproducido en algunas de sus obras de arte, como en el vaso de perfume de Peytel (Fig. 6).



Copa de figuras rojas, firmada por Socias, del siglo V a. J.C. En él aparecen Patroclo (herido) y Aquiles (curándole).



Vaso de perfume que quizá se remonta al tiempo de Hipócrates. En él se efectúa una sangría, por un lado, y por el otro se muestra el nivel "comercial" de la operación: un enano, esclavo del paciente, entrega una liebre en pago de los servicios.



Fragmento de la columna Trajana, 113 de nuestra Era, en la que aparecen soldados romanos curándose entre sí.

OTRA IDEA DEL ARTE

Y sin embargo, lo cierto es que la información que nos proporciona el Arte griego sobre la medicina se reduce a su forma costumbrista. No a los aspectos patológicos. Esto tiene una sencilla explicación. Para el artista griego la pintura, la escultura, sólo debían reproducir formas idealizadas de la realidad. Se tomaban así los rasgos distintivos de la belleza de las personas y de las cosas, y esto se quintaesenciaba en las famosas normativas y proporciones. De esta manera, la imperfección, la enfermedad, la malformación quedaban excluidas de la imaginería griega.

No sucede lo mismo con el arte romano. Para empezar bajo el Imperio la profesión médica fue en un principio muy mal considerada. Curar era cosa de esclavos o de griegos, cuyo desprecio oficial fue altamente codificado por el censor Catón. Con el tiempo, y a medida que las guerras (Fig. 7)



Fresco de Pompeya en el que aparece el médico Japix extrayendo una flecha del muslo del héroe troyano Eneas.



Bonce romano hallado en Vichy (Francia) representando una mujer enferma.



Joven herida en el brazo.

invadían la práctica cotidiana de los romanos, la figura del médico se hizo más imprescindible y mejor catalogada socialmente hablando. Así progresó también la medicina, hasta llegar al ya mencionado Galeno. Con todo, la cultura romana fue más laxa que la griega en su imaginería, o al menos en lo que a la belleza compete. Las desviaciones naturalistas se hicieron muy pronto patentes. La información que en este sentido nos proporcionan los romanos es más considerable. Este tipo de información se halla principalmente en los frescos de Pompeya (Fig. 8) y en determinadas estatuas dispersas como en esa muchacha con el brazo herido (Fig. 9) o en esa lastimosa imagen de una mujer enferma (Fig. 10).

Con la llegada del Cristianismo y la desmembración del Imperio se iniciará una nueva etapa: el Medioevo. Arte y Medicina seguirán nuevos rumbos.

LUIS REYES